

INTERIORIDAD, MADUREZ AFECTIVA Y CUIDADO INTEGRAL DEL PRESBITERO HOY

**“No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo,
porque en el hombre interior reside la Verdad”**
(S. Agustín, *De ver. Rel.* 39, 72)

Introducción

Antes de entrar en nosotros y ocuparnos de la persona del sacerdote y su afectividad, podemos comenzar poniendo nombre a lo que ocurre a nuestro alrededor, en términos de espiritualidad, o mejor *interioridad* para hablar en clave agustiniana. Donde nosotros estamos, vivimos y trabajamos, vive un tipo de persona, generalmente, con una vida orientada para el trabajo, el ocio, la adquisición de cosas, quizás para la familia... y, *en menor medida, las cosas del espíritu*. La sociedad contemporánea del tercer milenio vive en función de lo exterior, de lo que luce y se manifiesta más que de lo que pueda estar subyacente a los comportamientos, actividades y proyectos.

No es ningún secreto que nuestra época se caracteriza por progreso técnico y desajustes de la personalidad. El paralelismo entre los números de desarrollo y uso de tecnologías y desórdenes psíquicos prueba esa afirmación¹. Son características de nuestra época la angustia, la depresión, la compulsión y la rigidez que adquieren inusitada relevancia en el mundo desarrollado. La preocupación por la salud mental crece como nunca en todas las sociedades².

Necesitamos, además de aceptar los avances tecnológicos, crecer en humanidad y en vida interior, en lo que la Iglesia puede colaborar decisivamente.

¹ Un estudio realizado en el Reino Unido en jóvenes de entre 14 y 24 años sobre el impacto que tenían las cinco redes sociales más utilizadas sobre su salud mental, concluyó que todas empeoraban la salud mental en cuatro aspectos: calidad del sueño, imagen corporal, ciberacoso y sentimiento de estar perdiéndose algo. Instagram y Snapchat producen sentimientos de insatisfacción y ansiedad en los jóvenes y Facebook es el canal más usado para el ciberacoso. Diversos estudios reflejan la influencia negativa de las Redes Sociales en usuarios con riesgo de padecer problemas psicológicos. Un estudio de la Universidad de Haifa, Israel, con chicas de 12-19 años, reveló la relación directa entre el tiempo que las adolescentes pasaban en las redes sociales y el riesgo de sufrir TCA (Trastornos de la Conducta Alimentaria). Así mismo, la investigación realizada por la Universidad Estatal de Florida, publicada en el Journal Eating Disorders, reflejaba que tan solo son necesarios 20´ al día en una red social para aumentar el riesgo de sufrir TCA. Ambos estudios señalan la influencia de las redes sociales en la percepción negativa del cuerpo, y el aumento de los niveles de insatisfacción e inseguridad sobre la propia imagen y el peso, fomentando la necesidad de comenzar una dieta (Psiquiatek.com, octubre 2018).

² La preocupación de la ONU por la salud mental ha escalado en 2026 hasta convertirse en una prioridad global absoluta. Según los datos más recientes de la Organización Mundial de la Salud (OMS), estamos ante una crisis silenciosa que afecta a más de 1,000 millones de personas en todo el mundo. La ONU subraya que "no hay salud sin salud mental".

El presbítero en esa situación

En tiempos pasados y no muy lejanos existían referenciales sencillos e indiscutibles sobre el papel y misión del sacerdote. Todo el mundo, no solamente el sacerdote, los conocía. Pero hoy constatamos que muchos de esos referenciales se oscurecieron y complicaron. Por eso, hoy no basta con sostener externamente el ministerio o multiplicar actividades pastorales. Se hace necesario cultivar una vida interior sólida, una madurez afectiva suficiente y un cuidado integral de la propia persona.

En este contexto social complejo y dinámica vital intensa no es fácil cultivarse. Fácilmente el sacerdote se siente desorientado, solo, cansado, incomprendido y, no raramente, frustrado. Mientras, realiza una gran actividad y multiplica su acción en frentes diversos y difíciles, percibe que los resultados aparentes no corresponden a su esfuerzo. Y se pregunta: ¿qué más puedo hacer? ¿En qué dirección caminar? ¿Cómo vivir propiamente mi ser sacerdotal?

A la crisis de “identidad sacerdotal”, característica de los años postconciliares, le ha sucedido hoy una “crisis de realización existencial” del ministerio: no basta con saber qué es el sacerdocio; se trata de aprender a vivirlo de manera integrada, madura y fecunda³.

Las raíces de la citada crisis pueden ser varias: a nivel antropológico (la fragilidad psicológica e inestabilidad afectiva del hombre actual, dado a emociones puntuales pero no a la entrega duradera); a nivel cultural (la desvinculación y deconstrucción propias de nuestra cultura que no ofrece referentes claros); a nivel pedagógico (ante el problema en muchos seminarios de encontrar itinerarios formativos eficaces que eviten tanto una vuelta al modelo sacral del pasado por recelo hacia un mundo refractario a la fe, como un acomodamiento acrítico a él deslizándose hacia la mundanidad espiritual) y finalmente a nivel específicamente pastoral (por la dificultad de ir transitando de una “pastoral de conservación” a una urgente “pastoral misionera”) lo que causa cansancio o desmotivación pastoral⁴.

El siguiente caso puede ilustrar lo que venimos comentando.

Dos años después de su ordenación, D. Patricio era un sacerdote apreciado, activo y bien recibido por su comunidad. Sin embargo, la intensificación de tareas, la falta de elaboración de su mundo afectivo y una relación cada vez más cercana con una catequista fueron generando una dependencia emocional que él no supo reconocer a tiempo. Cuando ella le manifestó su amor, entró en crisis. Se aisló, aumentó su ansiedad y comenzó a interpretar su vocación no ya como llamada, sino como obstáculo para su felicidad.

En la primera consulta psicológica resumió así su situación: “Me he enamorado, no puedo continuar siendo sacerdote”. Más que buscar discernimiento, buscaba una legitimación

³ E. Castellucci, *Il ministero presbiterale da Presbyterorum ordinis ad oggi*, Incontro Vescovi ed esperti Triveneto, 7 gennaio 2010; A. Cordovilla, *Como el Padre me envió así os envió yo. Teología y espiritualidad del ministerio apostólico*, Salamanca 2017, 145ss.

⁴ Cf. E. Castellucci, *Il ministero presbiterale...*; EG 15.

externa para una decisión ya tomada. Curiosamente justificaba su actitud con frases del tipo: "No me explico cómo los sacerdotes soportan el celibato; no se puede mantener por más tiempo en la Iglesia".

D. Patricio mostraba una grave confusión de su identidad cuando juzga y desprestigia los valores genuinos que orientan la vida del presbítero y defiende otros valores que le permiten atender a su carencia afectiva y justificar los comportamientos orientados a su inmediato bienestar. El caso ilustra cómo una afectividad no suficientemente integrada puede desembocar en confusión vocacional, empobrecimiento espiritual y ruptura de la unidad interior.

En un número muy significativo de abandonos del ministerio intervienen de forma decisiva conflictos afectivos no elaborados, a menudo unidos a otros factores espirituales, relacionales y pastorales.

Para afrontar esta crisis de "realización existencial", Gaspar Hernández Peludo⁵ nos indica muy acertadamente que, es preciso tener en cuenta las "condiciones" en las que se ejerce hoy el ministerio apostólico, condiciones que podemos entender en una doble acepción: como "condicionamientos" (en sentido negativo, que limitan su desarrollo) pero también como "condiciones" (en sentido positivo, del latín *conditio*-creación, que posibilitan un nuevo impulso). Así, siguiendo su descripción, las abordaremos brevemente en lo que sigue:

A. De la identidad social a la identidad sacramental

La crisis de "identidad social" del presbítero tiene que ver con la percepción pública de su imagen. No es más la de épocas no tan lejanas en las que el sacerdote era una figura respetada y relevante. En el contexto social de pluralismo religioso, su autoridad religiosa es relativizada. Ha de ganarse la estima ante un clima de escepticismo y de sospecha por escándalos como el de los abusos. No se habla de la Iglesia, ni de los curas en los medios y cuando aparecen su imagen tiende a ser peyorativa. Este contraste entre la identidad social y la autopercepción de sí y de su misión, provoca incomodidad y desorientación cuando no crisis de identidad⁶.

Se hace necesario contraponer la identidad que viene de dentro. La condición para afrontar esta crisis de identidad social no pasa por reforzar los elementos externos de su identidad sino por redescubrir su esencia, su identidad relativa a Cristo, en el decir de G. Greshake⁷, la identidad ministerial del presbítero.

B. De la reducción de los presbíteros a la revisión del modo del ejercicio ministerial

Otro condicionamiento actual es la profunda crisis vocacional que padecemos con la consiguiente reducción y envejecimiento de los presbíteros. Esta situación, además de generar desilusión e

⁵ G. Hernández Peludo, Condiciones actuales del ejercicio del ministerio apostólico, Conferencia impresa.

⁶ C. García Andrade, "La sfida odierna alla identità presbiterale", en: P. Coda-B. Leahy (edd.), *Preti in un mondo che cambia*, Roma 2011, 31-42, p. 32-35.

⁷ G. Greshake, *Ser sacerdote hoy*, Salamanca 2010, 3 ed., 127:

incertidumbre respecto al futuro, determina ya en el presente el modo de ejercicio del ministerio⁸. Ante el número reducido de los pastores, incluso en el mejor de los casos, se da la imposibilidad de sostener estructuras y actividades pastorales pensadas en una época de “Iglesia de mayorías” para comunidades cada vez más minoritarias. Se reducen, por tanto, los presbíteros y se reducen también las comunidades.

Esto puede llevar a una pastoral del culto recorriendo, en algunos casos, muchas comunidades en amplios territorios, sin tiempo para mucho más y separando la presidencia eucarística de la presidencia comunitaria⁹.

El modelo de presbítero realizado por el Concilio es, según Castellucci¹⁰, el del “presidente” de la comunidad que “anuncia, celebra y apacienta”.

C. De la fragmentación a la unidad entre ministerio y vida

La fragmentación de la vida pública y la vida privada en la existencia sacerdotal de hoy es una posibilidad a la que hay que prestar atención. Se trata de identificar el ministerio con la vida pública (respondiendo profesionalmente a sus exigencias, observando horarios de atención, cumpliendo el rol esperado), mientras en la vida privada (en casa o en las vacaciones) el sacerdote correría el riesgo de dejarse llevar por la mentalidad común que la entiende como el espacio y el tiempo “propios”, del anonimato y de la libertad sin reglas, “desconectando” del ministerio y, a veces, buscando compensaciones de diverso tipo que, en el peor de los casos, pueden llevar a la doble vida, a adicciones o incluso a patologías¹¹.

El carisma presbiteral es, sin embargo, un “carisma de totalidad”¹² que afecta al ser, al hacer y al vivir del sacerdote.

El cultivo de la espiritualidad y la búsqueda de la santidad en el hacer y vivir conforme la voluntad de Dios, conduce a la “*unidad y orden de vida*” de los sacerdotes, tal como trata PO 14.

D. Del individualismo a la fraternidad y corresponsabilidad

Junto a la vida interior – como acabamos de ver – lo más amenazado hoy es la “vida fraterna”, por el individualismo imperante. La *desvinculación* es uno de los rasgos de la sociedad actual. El filósofo surcoreano Byung-Chul Han la ha descrito como un “enjambre” resultado de la suma de

⁸ Más allá de que en algunos casos haya sido una ocasión para potenciar el apostolado de los laicos y nuevos ministerios eclesiales, esta penuria de un bien necesario para la estructura de la Iglesia no puede leerse como un “signo de los tiempos” sino como un “verdadero drama espiritual”. Cf. W. Kasper, “Priester werden und Priester sein heute”, en: G. Austin (Hg.), *Priester sein heute. Leben-Berufung-Sendung*, Stuttgart 2019, 11-21, p. 14.

⁹ Un ejemplo extremo de esta tendencia es la propuesta en el ámbito alemán de una ordenación sacramental para cada uno de los *tria munera*, como *ministeria ad tempus*, abiertos también a casados y a las mujeres p.ej. de Th. Ruster, *Balance of Powers. Für eine neue Gestalt des kirchlichen Amtes*, Regensburg 2019.

¹⁰ E. Castellucci, *Il ministero presbiterale da Presbyterorum ordinis...*, 7.

¹¹ Cf. C. García Andrade, “La sfida odierna alla identità presbiterale...”, 36-38.

¹² Cf. S. Dianich, *Teología del ministerio ordenado. Una interpretación eclesiológica*, Madrid 1988.

individualidades aisladas con pertenencias múltiples¹³. Este individualismo, a modo de “nube tóxica” se filtra por todos los poros, a veces inconscientemente, y se manifiesta en las dificultades de muchos presbíteros para el trabajo en equipo, la vida en común, asumir los planes comunitarios o cultivar la comunión.

Contrarrestar este condicionamiento supone *redescubrir y experimentar la identidad esencialmente relacional* del ministerio presbiteral radicada en el misterio trinitario (cf. PDV 12).

Es necesario cultivar la fraternidad presbiteral en los encuentros fraternos, asociaciones de sacerdotes y formas de vida en común. PO8 indica la convivencia, la mesa y la oración juntos o, al menos, compartir vida espiritual y trabajo pastoral, como “uno de los elementos de mayor reforma que la Iglesia está llamada a actuar”¹⁴.

E. Del clericalismo al servicio en una Iglesia de comunión

El “clericalismo” ha sido una denuncia constante del papa Francisco, al que van asociados en la vida presbiteral vicios como el carrerismo, la rigidez, las murmuraciones o la distancia al pueblo de Dios. El clericalismo se ha señalado también como una de las causas de los lamentables abusos sexuales, de poder y de conciencia en la Iglesia.

Para evitar el clericalismo se ve necesario el redescubrimiento de la condición bautismal del presbítero, que “activa una nueva modulación al recibir el sacramento que hace del bautizado alguien consagrado ministerial y personalmente al servicio del sacerdocio común o bautismal”¹⁵.

Esta perspectiva del servicio caracterizó la concepción del sacerdocio de S. Agustín: “*praesse est prodesse*”, decía¹⁶. Y, comprendida y asimilada, implica un nuevo estilo de presidencia de los presbíteros contrario a todo clericalismo.

La sinodalidad, tan actual hoy en la Iglesia, “es uno de los mayores amparos ante toda deriva clerical”, nos dice A. Borras. No vale simplemente “servir” sino “responder de la manera de servir”, propia de una eclesiología de comunión¹⁷.

F. De la conservación a la misión

¹³ Cf. Buyng-Chul Han, *En el emjambre*, Barcelona 2016; Conferencia Episcopal Española, *Fieles al envío misionero. Plan Pastoral 2021-2025*, Madrid 2021, 16-20.

¹⁴ *Ibid.*, 172.

¹⁵ S. del Cura, “La vocación al ministerio sacerdotal...”, 64. Cf. En todo este artículo destaca cómo la RFIS, siguiendo la doctrina conciliar (cf. LG 32; LG 10,1; LG III), muestra la fundamentación bautismal de la vocación sacerdotal y cómo “la igualdad y la dignidad de la vocación bautismal preceden cualquier diferencia ministerial” (RFIS 32).

¹⁶ Cf. Agustín, *Ep.* 134,1; 217: “siervo de Cristo y, en el nombre de Él, siervo de sus siervos”; M. Pellegrino, *Le prêtre serviteur selon saint Augustin*, Paris 1968, 57-62; I. Oñatibia, “Espiritualidad sacerdotal en los Santos Padres”, en: *Congreso de Espiritualidad Sacerdotal*, Madrid 1989, 323-347, p. 339-342.

¹⁷ Cf. A. Borras, “Ministerio presbiteral...”, 1054-1061.

Ante la secularización creciente y el pluralismo religioso de nuestra sociedad, que no tiene ya al cristianismo como referente de vida, el riesgo actual es afrontar la crisis pastoral volviendo a una concepción preconiliar, sacral-cultural, del mismo (en distancia y recelo respecto al mundo) o, por el contrario, disolverse en él cediendo a una “secularización interna” o a una “mundanidad espiritual”. Ambos caminos serían una traición a la misión evangelizadora. El Concilio invita a recorrer la vía de la “secularidad” que forma parte de la naturaleza y espiritualidad del presbítero (PO 3).

La secularidad del presbítero se fundamenta, pues, en el envío al mundo del Hijo por el Padre, en su encarnación por la que ha salvado a los hombres como hombre *modo humano*¹⁸, y en el modelo apostólico (“hacerse todo a todos” cf. 1 Co 9,19-23).

La obra a la que el Señor nos llama (PO 10), en el actual contexto de postcristiandad, supone pasar de la práctica de la conservación cuyos destinatarios son los practicantes a una práctica misionera, destinada a la evangelización en sentido amplio, de los alejados, los buscadores religiosos, los indiferentes, los ateos, sin descuidar los fieles.

G. La paradoja permanente del ministerio

A los condicionamientos anteriores se une una “condición paradójica”, propia del ministerio apostólico, en todos los tiempos y que S. Pablo describe magistralmente en 2 Cor y que es la “primera reflexión cristiana sobre el ministerio”¹⁹. El apóstol, en polémica con los judeocristianos carismáticos que defendían un ministerio espectacular y exitoso, presenta en contraste la debilidad de sus ministros. “*pero llevamos este tesoro en vasijas de barro*” (2 Co 4,7).

No es un defecto, es la condición permanente del apóstol que expresa a las claras la desproporción entre la misión y su servidor y manifiesta así el origen divino del ministerio.

Se realiza en la existencia ministerial la dinámica del misterio pascual de Cristo: “*llevando siempre en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo*” (2 Co 4,10).

Y en la sensación de debilidad el ministro, como Pablo, recibirá el aliento del Señor: “*te basta mi gracia, la fuerza se realiza (τελεῖται) en la debilidad*” (2 Co 12,9). Algún manuscrito lee: “mi fuerza (=la de Dios) se realiza en tu debilidad”.

¹⁸ Probablemente en este punto PO 3 al decir del Señor Jesús enviado por el Padre “como hombre a los hombres” tiene de fondo el conocido pasaje de *A Diogneto* VII,4: “Le envió en clemencia y mansedumbre, como un rey envió a su hijo-rey, como hombre a los hombres le envió, para salvarnos lo envió, para persuadir, no para violentar, pues en Dios no se da la violencia” (BAC 65,853).

¹⁹ Cf. S. Guijarro, *Servidores de Dios y esclavos vuestros. La primera reflexión cristiana sobre el ministerio*, Salamanca 2011 para lo que sigue.

La persona del presbítero y su vida afectiva

Vistos algunos condicionantes importantes que Gaspar Hernández Peludo nos muestra en el hoy del ejercicio del ministerio sacerdotal muy vinculados al contexto, a continuación, focalizaré más directamente la vida afectiva del presbítero y apuntaré aspectos importantes que dicen relación a su crecimiento como persona y a su madurez.

La vida afectiva

Como ya indicamos al comienzo de este artículo, el contexto sociocultural de hoy tiene poco que ver con el del inmediato pasado. Los expertos nos indican que el cambio de los últimos 20 años equivale a 100 años inmediatamente anteriores. Si a esto le acrecentamos las circunstancias y consecuencias para nuestra salud física y mental, de los años de pandemia, del cambio climático, de la crisis económica y de la guerra de Ucrania -por citar sólo algunos asuntos punteros de nuestro contexto- verificamos otro sinnúmero de condicionantes sobre todas las personas y, cómo no, sobre la persona y la misión del presbítero. También podemos verlas como "condiciones" que posibilitan un nuevo impulso, como nos decía Gaspar Hernández, es decir, posibilidades de construirse y construir. No obstante, todo ello afecta a la persona del sacerdote, su vida y ministerio. Sin minusvalorar otros momentos históricos, nuestra época exige una gran capacidad de adaptación. Asumir hoy el ministerio sacerdotal es una tarea difícil por lo que esta opción de vida implica y exige.

La capacidad de adaptación va unida a la vida afectiva. La afectividad es un factor de la adaptación del individuo en su mundo interno y en el ambiente con las acciones que desempeñe; abarca todos los estados anímicos y todas las reacciones que se enraízan en el yo y en el inconsciente. La afectividad es el amplio dominio de la mente del que hacen parte los impulsos, sensaciones, emociones, sentimientos, es decir, todo aquello que nos influye y motiva. Es lo que enciende nuestro anhelo de Dios, nuestro gozo por la belleza del mundo, nuestro deseo de amistades, nuestra disposición para servir a los demás. Es un rico patrimonio de nuestro ser persona.

La afectividad es buena en su integridad y nos ofrece un rico e inmenso caudal de posibilidades de realización en todas las dimensiones del ser humano. En su lado más biológico, el instinto, lo genital, da vida y chispa a las relaciones. Los sentimientos, en su lado emocional, guían y dan calor a la comunicación y las interacciones. Y los valores, en el plano espiritual, ofrecen el sentido, orientan el deseo y encauzan el comportamiento. Así podemos situar la afectividad-sexualidad desde una visión antropológica integral: orgánica, psicológica y espiritual.

A lo largo de nuestro proceso evolutivo hemos orientado el deseo conscientemente, de forma que se afiance la identificación de género lo que representa un paso importante en la propia identidad; más tarde nos abrimos a nuestra orientación sexual específica y, pacientemente, vamos aprendiendo a orientar este inmenso potencial afectivo. Hemos de reconocer que la sexualidad está recabando prioritariamente la atención de generaciones y, lejos de desgastarse, ocupa un lugar preeminente en

todos los ámbitos socioculturales, en la cabeza y en el comportamiento de las personas²⁰. Nos afecta intensa y continuamente, querámoslo o no y con ella hemos de dialogar con sinceridad y franqueza²¹.

También hemos de admitir que el factor cultural tiene una influencia decisiva sobre la sexualidad; por ello a menudo sentimos dificultad para evaluar su influjo sobre nosotros pues estamos continuamente expuestos o condicionados sin que nos demos cuenta. En consecuencia, exageramos su valor o le disminuimos según los reguladores sociales e influencias que operan en nuestro ambiente cultural. En este factor se incluye lo religioso, con sus creencias y prácticas, que en nuestro caso adquieren suma importancia.

Madurez Afectiva

La madurez afectiva no es un aspecto secundario en la vida del presbítero, sino una condición básica para vivir el ministerio con libertad interior, estabilidad relacional y verdad evangélica. Sin una mínima integración afectiva, el sacerdote queda más expuesto a dependencias, compensaciones, agotamiento, ambigüedades vinculares y lecturas distorsionadas de su propia vocación.

La maduración en la afectividad se facilita o complica por las condiciones en las que se ha vivido en los primeros años de vida, el amor de los padres, por la educación que se ha recibido, las experiencias habidas y la integración alcanzada. Es difícil concebir la madurez humana -en el sentido de ajuste e integración de todas las dimensiones del ser personal- cuando falta un desarrollo básico afectivo-sexual. En ese caso puede ocurrir un importante desfase o escisión entre la vida sexual y el resto de la personalidad, que puede resultar en una actitud de negación de la sexualidad en sí y en unos comportamientos puritanos, ambiguos, controvertidos y de abuso. También en la vida afectiva pueden darse serios problemas que comprometen las relaciones y la convivencia con los demás y las cosas. El equilibrio que muchos sacerdotes han conseguido tardíamente por medio de un arduo trabajo personal, tanto solos como con la ayuda de personas capacitadas, no podemos hoy deseárselo a las nuevas generaciones.

A lo largo de la vida se ha de ir orientando el deseo conscientemente, y pacientemente se ha de ir aprendiendo a canalizar su inmenso potencial energético como mejor convenga. En realidad, la expresión del impulso, en la masturbación, por ejemplo, apunta finalmente a la necesidad de integración y realización afectiva. Por ello es importante verificar y contar con que no es en la orientación del impulso que se juega la suerte del equilibrio sexual -aunque ello sea necesario- sino en la canalización de la afectividad y en el ordenamiento del amor²². Ahora bien, la renuncia consciente a la actualización del impulso erótico y realización del deseo, que asume la persona del sacerdote, es un acto ascético fuerte y necesario, con vistas a estar más entero, más disponible para los asuntos del Reino.

²⁰ Hasta en la distante y diferente cultura china, varios sexólogos han creado un “coeficiente sexual” como complemento del intelectual y del emocional para analizar la salud de una persona. Según ellos, el coeficiente sexual del ciudadano chino medio es muy inferior al de un europeo o un americano, debido al fuerte tabú que todavía rodea al sexo en la sociedad china, donde muchas personas llegan vírgenes al matrimonio y la media de compañeros sentimentales en la vida de un ciudadano de este país es inferior a dos (Fuente: *ABC*, 24 de enero de 2003)

²¹ Martínez J.L., *Afectividad en el proceso formativo*, Publicaciones Agustonianas, Roma, 2005, pp 11-53.

²² Dice San Agustín: “La virtud es el orden del amor” (De civ Dei 15,22).

Podemos preguntarnos, ¿es posible asumir integralmente la renuncia que comporta el celibato desde el momento en que se asume la vocación al presbiterado? Como principio teórico creo que sí; en el nivel práctico depende de la situación concreta del sacerdote en la que incide, de manera especial, su nivel de maduración. Parto en esta visión de implicarse en el ideal del celibato cuando se dan las condiciones básicas para responder “Sí” al Señor que llama, sabiendo que la maduración de la vivencia del celibato se forja en el tiempo. El ideal del celibato, como todo ideal, no puede ser un punto de partida sino un punto de llegada en cuya consecución está involucrada toda la persona y sus circunstancias. El impulso sexual y el deseo existirán toda la vida, aunque, en función del compromiso y vivencia del celibato, la respuesta sexual que se orienta para su objeto pasa a ser inhibida conscientemente en su realización²³.

En la medida que se es más adulto integrado, se es menos condicionado por la historia personal y por los propios impulsos y factores ambientales. Será capaz de expresar su afectividad y sus sentimientos sin ser dominado por ellos. Encontrará en ellos una riqueza digna de ser vivida, con confianza y alegría, en el contacto consigo y en las relaciones con los demás, las cosas y Dios. El presbítero asume el celibato como lo que realmente es y supone, tanto en su dimensión de renuncia como de adquisición y valor.

El celibato tiene sentido cuando es asumido conscientemente como un valor. En el celibato se descubre un propósito que le hace necesario y que no es otro que la dedicación de la persona total, sin condiciones ni división, a la extensión del Reino. Pero en sí mismo no es un valor, debe ser hecho un valor en la medida en que es vivido con sentido²⁴. La opción celibataria, interna y externa, hace posible alcanzar el valor que, en definitiva, no es otro que el propio Dios. Solamente en Él y con Él - en su amor- se puede sostener una opción de tal envergadura. Y al final, solamente Él puede comprender el camino que con esfuerzo cada presbítero transita, animando y liberando, nunca culpabilizando y hundiendo. Esto exige un proceso real de maduración, porque el deseo, la necesidad de afecto y la vulnerabilidad no desaparecen. Han de ser reconocidos, integrados y encauzados.

Sin avanzar en el propio proceso madurativo no se puede aspirar a ayudar a otras personas en su propio proceso vital por lo que el trabajo pastoral y el quehacer sacerdotal podría quedar en entredicho.

Salud mental y autocuidado

La salud mental forma parte del cuidado integral del sacerdote. No es una cuestión marginal ni un tema reservado a situaciones extremas. El presbítero necesita reconocer sus límites, sus zonas de fragilidad, sus mecanismos de compensación y sus signos de agotamiento. El autocuidado no es comodidad ni repliegue egoísta, sino una forma de responsabilidad hacia la propia vocación y hacia las personas a las que sirve.

²³ Martínez J.L., La vida célibe como vocación y proyecto de amor, 32ª Semana nacional de VR, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003. pp. 107-133.

²⁴ Martínez J.L., Celibato por el reino: hacia la vivencia del amor pleno, Revista CONFER, vol 45, Nº 173, pp 271-279.

En cada persona existe un nivel, determinado biológica y genéticamente, de vulnerabilidad a una enfermedad en particular que interactúa con los niveles de estrés determinados por el entorno que ponen en jaque al sistema de adaptación. La combinación de la vulnerabilidad (predisposición) innata con las condiciones del entorno, determina si los síntomas de una determinada enfermedad o patología se van a manifestar o no. Por ejemplo, en una persona que proviene de una familia con miembros alcohólicos y, por ello, tiene una vulnerabilidad genética alta a desarrollar una adicción al alcohol, pero vive en un ambiente de bajo estrés, evita consumir alcohol y es consciente de su situación y del control de sus emociones, es baja la probabilidad de adicción al alcohol. Por el contrario, una persona sin historia familiar de depresión pero que vive muy estresada y aislada, sin apoyo social, con poca gratificación y con problemas de salud, es muy probable que desarrolle un cuadro de depresión. El manejo del estrés es clave.

El cuidado de sí mismo, el autocuidado, supone conocerse y profundizar en ese autoconocimiento. Relacionarse, manteniendo lazos satisfactorios y saludables. Ejercer el ministerio sin agotarse. Alimentar los valores que sustentan la propia andadura vital y ministerial. Significa también mantener un contacto personal, amoroso, diario con Dios que posibilite una lectura de la vida iluminada por la fe. De esta manera el presbítero es responsable por todo lo que le dice relación y asume, en cualquier circunstancia, su existencia.

Se siente ajustado emocionalmente y bien espiritualmente, vive con sentido y crece junto con su comunidad de referencia pastoral. Por lo tanto, no deposita en la autoridad, en el gobierno, la Iglesia, en los otros, en las circunstancias, las causas de sus eventuales fracasos, crisis o problemas. Es consciente de que, en definitiva, en lo que se refiere a su vida y misión, él es el único responsable.

Ese cuidado incluye descanso, orden de vida, administración del tiempo, vínculos sanos, oración, capacidad de pedir ayuda y acompañamiento adecuado cuando sea necesario.

Competencias saludables

A modo de orientación, concreto algunas competencias saludables del sacerdote que pueden contribuir a su desarrollo integral y reducir el riesgo de dificultades en el ministerio²⁵:

1. Autoconocimiento

- Desarrollar y nutrir una identidad personal sólida e integrada (incluida la identidad sexual y la identidad como persona de fe en relación con Dios). (Conócete, acéptate, supérate – SA).
- Reconocer la propia historia, los propios límites y las propias vulnerabilidades.
- Disponibilidad para hacer el trabajo de curación necesario, especialmente si hay experiencias traumáticas en la historia personal.
- Aprender a nombrar la ansiedad, el miedo, la dependencia o la necesidad de aprobación cuando aparecen.

²⁵ Saffiotti, L., Afectividad em el processo formativo, Publicaciones Agustiniánas, Roma, 2005, pp 144-146.

2. Familiaridad con la propia historia psicosexual.

- Revisar con honestidad los vínculos significativos de la propia vida.
- Detectar posibles bloqueos o fijaciones en el desarrollo afectivo.
- Comprender cómo influyen la historia relacional y la sexualidad en la forma actual de vivir el ministerio.
- Integrar la propia condición sexuada sin negación, banalización ni escisión.
-

3. Límites saludables.

- Desarrollar una conciencia clara de los límites saludables en torno a la conducta sexual. Y también con relación al tiempo y esfuerzo para prevenir el agotamiento y el estrés (asociado a veces con el complejo de Mesías).
- Evitar ambigüedades afectivas o dependencias emocionales.
- Conciencia y respeto de los diversos roles, del papel del laico y la relación con él.

4. Habilidades para relacionarse

- Conciencia de las propias necesidades de intimidad y búsqueda de modos sanos de responder a ellas.
- Capacidad y disposición para trabajar pastoralmente en un modelo de poder relacional (horizontal), en lugar de hacerlo a partir de un modelo exclusivamente jerárquico (vertical).
- Capacidad para reconocer los problemas con la autoridad y trabajar con ella de forma equilibrada y constructiva.
- Capacidad para reconocer las dinámicas no saludables en la relación con la comunidad parroquial y corregirlas a tiempo.

5. Capacidad para trabajar en equipo.

- Capacidad para comunicarse, aun existiendo diferencias de opinión.
- Capacidad para gestionar las tensiones y los conflictos sin evitación ni agresividad.
- Disposición para evaluar la manera de actuar en grupo y apoyar propuestas que mejoren la cooperación.

6. Cultivo de la interioridad y relación personal con Dios.

- Disposición para estar con Dios, cultivar la oración contemplativa, una relación con el Señor que sea fundamento de relaciones saludables (ministeriales) con los demás.
- Capacidad para comunicar una experiencia de Dios que enriquezca a las personas con quienes se ejerce el ministerio.
- Disposición para fundamentar la vida sobre los valores del evangelio y tomar las medidas oportunas para que esos valores no pasen a segundo plano.

- Capacidad para reconocer las idolatrías sutiles y disposición para abandonarlas: activismo, prestigio, control, afectos posesivos, búsqueda de resultados, imagen, poder. Apasionado por Dios no por cualquier otra cosa, o persona, o tarea.

La afectividad descompensada y no integrada es el problema más común en la vida sacerdotal, así como en la sociedad en general. En nuestro itinerario de desarrollo, todos nosotros podemos tener alguna experiencia relacional o sexual que no hemos digerido o no hemos afrontado y solucionado. El desarrollo afectivo puede haberse detenido permaneciendo en un estadio que afecta la conducta en el presente y del que la persona no suele tener conciencia. En los casos notorios de no integración, la conducta de la persona suele incomodar a los demás y, en muchas ocasiones, sin que el sujeto se dé cuenta. En este contexto se sitúan muchos conflictos de relación y problemas conductuales y de comportamiento sexual inadecuado.

Siempre es positivo acudir a un acompañamiento psicológico que ayude a tratar y resolver posibles heridas, problemas de desarrollo y crisis existenciales -sin que hayan llegado a configurarse como patologías- en un marco profesional, teniendo en cuenta que la misión del sacerdote está volcada en el servicio pastoral a muchas personas, a las que afecta directamente su ajuste emocional. Hoy es posible tanto la psicoterapia presencial como la realizada on line.

Camino de crecimiento humano y espiritual

Yo puedo plantar o regar; pero a Dios pertenece dar el crecimiento.” (S. Agustín, Serm. 153,1)

¿Es posible proponerse un camino de crecimiento integral que, a su vez, redunde en un equilibrio emocional y compromiso con Jesús y el Reino, acorde con la vocación sacerdotal?

Me inclino a pensar, basado en casos clínicos y otros que he tenido la oportunidad de acompañar, que aquel que *no consiguió construir soportes firmes espirituales*, en realidad, no se construyó como persona o desatendió seriamente esa tarea. Y, al mismo tiempo, quien se trabajó seriamente como persona, acaba trabajándose también espiritualmente.

Ciertamente, el encuentro con Dios supone una *experiencia existencial de Dios*. Para que pueda ocurrir no es suficiente tener la disposición, o la actitud, o las ganas, sino que, además, *se necesita dedicación, esfuerzo y trabajo personal (Mt 16, 8-13; II Pe 1, 5-8; 1 Cor 3, 10-11)*.

El camino de crecimiento que implica relación con Dios, no puede ocurrir sin la oración, como práctica habitual para entrar en contacto directo con quien sabemos nos ama. Oración “mental” pero, en realidad vivencial, porque no solamente pensamos, sino que, fundamentalmente sentimos el Señor en nosotros, en nuestra persona, en nuestras relaciones e historia.

Oración de alabanza, de súplica, *oración contemplativa* donde más que las palabras habla el corazón en el templo de nuestro ser, allí donde podemos recogerlos tras cerrar la puerta de nuestra

habitación y orar al Padre del cielo (Mt 6, 6), allí donde habita el Espíritu (1Cor 3, 16-17) y nos enseña a orar como conviene (Rom 8, 26-27).

Oración en la vida (Lc 6, 12-14; Mt 11, 25; Jn 17, 1-26), cuando las más diversas situaciones son motivo de oración, son un canto al Señor de la historia (Lc 10,21).

Con San Agustín así podemos desear a Dios: *“Llamaste y clamaste y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, e hiciste huir a mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti y siento hambre y sed; me tocaste y me abrasé en tu paz”*²⁶

Conclusión

“Ve qué progresos has hecho en la caridad para que puedas ver tus adelantos en la interioridad” (S. Agustín, In Ep. Io. 9, 2)

Desde el punto de vista de la *salud emocional y el desarrollo personal*, la vivencia de la fe no solamente no representa ninguna amenaza, sino que pronostica tasas mejores de equilibrio personal porque ayuda a descubrir el sentido de la vida, a enfrentar las tensiones normales y desestabilizadoras de la existencia, a iluminar los problemas que se presentan y a desarrollar nuestra humanidad beneficiando a los demás.

Las fragilidades personales, el cansancio pastoral y las crisis no desaparecen por sí solas. Pero pueden ser atravesadas de manera sana cuando el sacerdote cultiva la interioridad, madura afectivamente, cuida su salud mental, fortalece sus vínculos fraternos y se abre con humildad tanto a la gracia de Dios como a las ayudas humanas adecuadas.

Entrar dentro de sí no significa encerrarse, sino volver al lugar donde la verdad de la propia vocación puede ser escuchada de nuevo. Allí, en el hombre interior, Dios sigue llamando, sosteniendo y haciendo crecer.

Preguntas para la reflexión personal

1. ¿Qué lugar ocupa hoy la interioridad en mi vida concreta?
2. ¿Qué signos de cansancio, dispersión o desorden reconozco en mí?
3. ¿Vivo mi afectividad de manera integrada y libre?
4. ¿Qué lugar tienen la oración, el descanso, la amistad y la fraternidad sacerdotal en mi vida?
5. ¿Hay áreas en las que necesito pedir ayuda o iniciar un proceso de acompañamiento?

²⁶ Conf. 10,28-38.

SOBRE EL AUTOR: P. José Luis Martínez, OSA

- Títulos académicos:

Licenciado en Filosofía, Diplomado en Estudios Eclesiásticos, Licenciado en Psicología, Master en Recursos Humanos (ICADE). Psicólogo (EuroPsy), Especialista en Psicoterapia (EFPA), Psicólogo Sanitario Habilitado.

- Obras bibliográficas:

Ha publicado por la Editorial San Pablo Viviendo en Comunidad, temas de Psicología y Vida Religiosa (San Pablo, Bogotá, 1995); Sobre el Cuerpo y el Espíritu, vida presbiteral y religiosa integrada (San Pablo, Madrid, 1997); La Conquista de la libertad, autoconocimiento, madurez y encuentro con Dios (San Pablo, Madrid, 2001); Construir la vida. Sexualidad y crecimiento en la vida sacerdotal y religiosa (San Pablo, Madrid, 2003). Otras publicaciones, artículos, sólo o en colaboración, en portugués y español.

- Trabajo actual:

Vicario parroquial de la Parroquia San Manuel y San Benito (Madrid). Psicoterapeuta en el Centro Psicológico de la CONFER nacional. Coordinador del Secretariado de Protección de Menores y Personas Vulnerables de la provincia S. Juan de Sahagún de los agustinos de España. Orientación de cursos, talleres y retiros.